



Columna

Director Magíster en Dirección y Liderazgo para la Gestión Educacional, UNAB

Ignacio Serrano del Pozo



Sueños de cartón II

En una reciente columna analicé el libro de Pablo Ortúzar “Sueños de cartón” (Planeta, 2024), obra que aborda la “inflación” de grados universitarios y cómo las elites de izquierda habrían utilizado la promesa de un título como herramienta política para mantener embelesados a los jóvenes con credenciales cada vez más costosas para el Estado, pero menos valiosas para el mercado. Algunos lectores agradecieron la reseña, pero reprocharon la falta de crítica frente al discurso de Ortúzar. En estas breves líneas, ofreceré una mirada menos condescendiente.

Si bien se trata de un trabajo provocador, con cifras alarmantes para determinadas carreras saturadas en el mudo laboral y para títulos producidos por universidades de escasa calidad, que arremete contra la promesa de prosperidad y movilidad social de la educación superior, la reflexión de Ortúzar parece descuidar una cuestión central: reflexionar más detenidamente sobre cuál es el propósito de un título o grado y cómo vamos a comprender estos dispositivos.

Esto que venimos diciendo no sólo es un problema teórico más o menos relevante, sino que esta ausencia conceptual también afecta lo que podemos pedirle o no a una certificación universitaria. A este respecto, llama la atención que el autor no haga una distinción analítica entre un título profesional o un grado académico (magíster o doctor). Tampoco pareciera preocuparle la diferencia que puede realizarse entre certificaciones profesionales orientadas al ejercicio práctico y los grados académicos enfocados en las competencias de investigación.

La distinción es tan compleja como necesaria. Si queremos probar que las credenciales académicas han sufrido una suerte de inflación, debiésemos ser capaces de explicar cuál es el poder o valor real que han ido perdiendo. En los análisis de Ortúzar, los títulos parecerían limitarse a ser moneda de cambio para una mejor retribución económica acorde a lo invertido, pero no mucho más.

A mi juicio, los títulos o grados académicos, más que instrumentos de cambio, representan universos simbólicos amplios de valores complejos. Así, un grado académico es más que su certificación específica, es un signo de dedicación, comunica rigor intelectual, transmite preocupación por valores superiores o incluso da cuenta de redes de contacto.

Es cierto que una credencial académica es, literalmente, la certificación de una serie de competencias técnicas específicas. Lo mínimo que le pedimos a un médico recién graduado o a un profesor titulado es que conozca su disciplina. Sucede más bien que esa es la función mínima de un grado universitario o título profesional. Pero no la más relevante. Pues las trayectorias profesionales no son lineales. Y por eso vemos a muchos profesionales en ámbitos diferentes o complementarios a lo señalado en sus cartones. ¿Por qué sucede esto? ¿Acaso porque han perdido su valor de específico? No, sucede más bien porque su valor es genérico como “medio simbólico de comunicación”. Prueba de lo que venimos diciendo es que cuando alguien no ha logrado titularse, la sociedad lo juzga, pero no tanto por lo que no sabe, sino por lo que esa ausencia denota.